

ciendo con él una relación personal. La relación con Dios (que es don) es lo que constituye al hombre como tal y no sus habilidades sociales, la fabricación de herramientas o la comunicación simbólica. Y esta relación con Dios no es (no podría serlo) algo que el hombre se da a sí mismo, ni que el mundo en su evolución biológica (e incluso cultural) pueda darse *por sí mismo*, como parece sugerir el A. (cfr. p. 118). La relación personal con Dios es siempre una correspondencia al don primero y fundante del Creador. Con otras palabras lo ha explicado Mariano Artigas al afirmar que las dimensiones espirituales de la persona exigen una creación inmediata del alma espiritual por parte de Dios; pero se trata de algo que trasciende el objeto directo de la ciencia natural y no la contradice en modo alguno (cfr. M. ARTIGAS, *Ciencia y religión. Conceptos fundamentales*, Pamplona: Eunsa, 2007, 165).

Quizás se puede concluir volviendo a la necesidad de un diálogo auténtico entre ciencia, razón y fe, que señalábamos al comienzo. Un diálogo que J. Novo propone, pero que, como ha señalado A. McGrath, en un artículo publicado en esta misma revista, exige aunar e integrar las distintas ciencias y campos del saber con el fin de lograr una visión más elevada de nuestro universo en la que cada una de las ciencias contribuya al desarrollo y al enriquecimiento de esta visión (cfr. A. MCGRATH, «A proposal for an Inclusive Scientific Theory», *Scripta Theologica* 49 [2017] 665-683). Para ello resulta ineludible tomar como punto de partida que la propia realidad de las cosas (el objeto dado) es lo que exige distintos niveles de explicación.

Miguel BRUGAROLAS

Luis ANTEQUERA, *De Saulo a Pablo. El rabino que se cayó del caballo*, Madrid: Digital Reasons («Camino de Damasco», 4), 2019, 436 pp., 12,5 x 20,5, ISBN 978-84-949835-4-2.

El presente volumen busca acercar la figura y el pensamiento del apóstol Pablo al gran público. No se trata, por tanto, de un escrito erudito o técnico, aunque aborda no pocas cuestiones controvertidas suscitadas en torno a los escritos paulinos. El esquema general de la obra sigue, a grandes rasgos, el de los manuales introductorios a la materia en los que se incluye un apartado extenso dedicado a cuestiones biográficas. Su autor, Luis Antequera, escritor y pe-

riodista, ha dirigido diversos programas de radio, tales como *Iglesia Perseguida* y *Con otros ojos*, y ha escrito numerosos artículos en su columna *En Cuerpo y Alma*, especializada en historia de España e historia del cristianismo. Ha escrito, además, los libros *Cristianofobia*, *Jesús en el Corán*, *El cristianismo desvelado* y *Derecho a nacer*. Es fundador de *El Club de la Tertulia*, plataforma de debate de temas de actualidad.

La primera parte, denominada «Libro I. Su vida» (pp. 11-165), sigue el esquema general trazado por el libro de los Hechos de los Apóstoles, aunque dedicando más espacio a algunas cuestiones concretas, tales como los datos personales del Apóstol, si conoció a Jesús, si se puede decir que fue «Papa», y la veneración que se le tributa. El «Libro II» se titula «Sus relaciones» (pp. 167-263), y hace un repaso de las personas más relevantes con tuvieron que ver con Pablo, dedicando a Pedro, Santiago y Lucas más atención que al resto. El «Libro III. Su pensamiento» (pp. 265-431), recoge algunas de las cuestiones que aparecen en los escritos paulinos, insistiendo en temas que hoy día tienen más resonancia en los medios de comunicación: el celibato, la virginidad, la mujer, el adulterio, la indisolubilidad matrimonial, la poligamia, la homosexualidad, la esclavitud, además de otras cuestiones más abstractas como son el alma y la resurrección de la carne. Las páginas finales (433-436) son una cronología paulina.

En consonancia con su carácter, el libro de Antequera no tiene notas a pie de página, aunque aparecen algunas referencias en el cuerpo del texto. También en el cuerpo hay numerosas citas bíblicas que ilustran o avalan lo que se está diciendo. En su conjunto, el primer «Libro» es el que está mejor construido y da una visión más completa y equilibrada de lo que se quiere exponer. De hecho, aporta indicaciones sugerentes e iluminadoras que seguramente ayuden al lector a prestar atención a detalles que quizá le hayan pasado por alto. Sobre los «Libros» II y III me gustaría hacer algunas reflexiones que, pienso, podrían servir para mejorar el trabajo.

En primer lugar, una apreciación sobre el lenguaje y el tono-estilo del libro. Entiendo que la idea es hacer accesible al gran público un tema que, de entrada, puede no parecerle muy atrayente. ¡Aunque luego se descubre que lo es! A mi juicio, el tono es, en ocasiones, demasiado periodístico, tanto por la forma de expresarse como por los temas escogidos, no pocos de ellos, en el apartado dedicado al pensamiento, «secundarios» en la teología paulina. Digo «secundarios», porque esos temas no son sino concreciones de las cuestiones centrales sobre las que se construye todo el armazón del pensamiento paulino –Cristo, la salvación y la Iglesia–, y que responden, tal y como las trata, a pro-

blemáticas muy concretas de los destinatarios. Llama mucho la atención que los temas centrales no tengan un apartado específico en el libro, y eso puede echar para atrás a los lectores que los esperan. De hecho, no es posible afrontar los temas secundarios sin esas referencias fundamentales, y más teniendo en cuenta que, normalmente, Pablo no estudia las problemáticas en sí mismas, sino que las aborda en referencia a situaciones concretas que son, además, tratadas solo desde el punto de vista que en cada momento interesa. Es peligroso tomar las afirmaciones de Pablo como absolutas sin haberlas introducido antes tanto en el contexto general de la teología de Pablo como en el concreto del escrito en que se encuentran.

En diversas ocasiones el autor emplea el término «ideología» para referirse al pensamiento paulino. Es un vocablo equívoco: una ideología, y así se entiende habitualmente hoy día, es un entramado de tesis que no tienen apoyo directo ni en la experiencia de las cosas ni en una reflexión intelectual profunda. Nada más lejano de lo que pretende Pablo, que es hacer teología partiendo de un acontecimiento estrictamente histórico: Cristo. A este respecto, quizá no hace mucho bien al libro el citar a Renan o De la Vorágine, autores que, por un lado o por otro, han renunciado a un estudio y planteamiento sereno y razonado de los temas sobre los que escriben.

Los estudios bíblicos actuales han dado pasos importantes a la hora de incorporar los acercamientos sincrónicos al estudio de los textos, de un modo especial el narrativo y el retórico. Estos trabajos han puesto de relieve la necesidad de profundizar en el plan narrativo de una obra o en su composición retórica. Esto ha ayudado mucho a comprender mejor los Hechos de los Apóstoles y las cartas paulinas, de un modo muy concreto la Carta a los Gálatas. Una de las cuestiones que estos análisis han ayudar a ver con luz nueva es la de la relación entre Pedro y Pablo y entre Santiago y Pablo. Antequera sostiene una visión «dialéctica», de rivalidad, oposición y enfrentamiento entre personas y entre ideas (cfr. pp. 173-181; 189-221; 238-242). Esto debería ser mejor explicado, porque no es así. Hay personas que tienden a ver en los primeros años de la vida de la Iglesia una especie de lucha de facciones. Pero el mismo Pablo se esforzó, con su teología, en hacer ver que, en lo que él predicaba, había una continuidad total con lo que se encontraba en las Escrituras hebreas. El problema no es el contenido en sí de lo que allí aparece, sino la comprensión de su naturaleza y la forma de vivirlo. Los escritos del Nuevo Testamento reflejan esa dificultad de entender en profundidad el sentido de algo que era solo sombra y preparación de lo que había de venir. En ese ca-

mino de comprensión unos fueron más rápido y otros más lento y, al mismo tiempo, la diversa forma de ver las cosas fue enriquecedora.

Una afirmación del libro que llama la atención es: ¿qué habría sido del cristianismo si no hubiera existido Pablo? El autor responde que hoy sería muy poca cosa (cfr. p. 431). Creo que la pregunta no es correcta. Los planes de Dios avanzan aunque los hombres no colaboremos con ellos. No tiene sentido preguntarse por algo que podría haber pasado: en todo caso, el designio salvador de Dios hubiera avanzado por otros caminos. Pablo no es el «fundador» del cristianismo «tal y como lo conocemos hoy»: es Cristo (cfr. pp. 414-431). Y su reino avanza de una forma imparable, como afirma él mismo en su predicación. Gracias a Dios, hay corazones abiertos y fieles que han secundado esos planes divinos, que son de amor. Seguramente, muchos no lo han hecho, y no tiene sentido preguntarse cómo estaría hoy el mundo si lo hubiesen hecho, sino más bien agradecer a los que lo han hecho e intentar seguir sus pasos de correspondencia.

Creo, también, que conviene no afirmar con mucha seguridad cosas sobre las que no tenemos una total certeza. A veces, nuestros criterios inmediatos de comprensión son los de nuestro propio «horizonte de expectativas», esto es, nuestra forma de concebir las cuestiones y las preguntas que estamos haciendo al texto y sobre las que esperamos recibir respuesta. Esto es así; no podemos hacer de otro modo. Pero nuestras preguntas y nuestras respuestas deben ser confrontadas con el texto mismo y con la visión de otros y, en primer lugar, con la forma de leer dichos pasajes por la Iglesia: los Padres y la liturgia.

Cuestiones que habría que matizar y estudiar más en profundidad son: la referencia a la imposición de manos como «confirmación» (es un gesto antiguo y a menudo genérico), el significado del término griego «episcopos» en las Cartas Pastorales (no podemos trasladar el de nuestro «obispo» actual), las dataciones (a menudo solo es posible proponerlas relativas, esto es, qué viene antes y qué viene después, y no absolutas), el sentido que Pablo da al término «apóstol» (no es el mismo que en otros escritos neotestamentarios), la identificación del «evangelio» de Pablo con un libro (los textos claramente van en otra dirección: su evangelio es su forma concreta de concebir y predicar a Cristo, la parte del misterio en la que se centra), la cuestión de si Pablo estaba casado y había dejado a su mujer para dedicarse a predicar el evangelio (pp. 67-71) (los textos apuntan a un Pablo soltero), el sentido de «marido de una sola mujer» como referencia a la poligamia (pp. 71; 358-363) (no tiene sentido hablar de poligamia en el contexto y la época en que se están escribiendo las Cartas Pastorales), la ausencia de la doctrina del pecado original en el An-

tigo Testamento (de hecho está, aunque expresada de otro modo), el sentido del bautismo (no se trata de un mero librar del pecado de Adán), la comprensión de las vírgenes de la parábola como «esposas» (es necesario estudiar mejor el contexto y la praxis de las bodas de la época), el sentido de la predestinación (en mi opinión, el autor no ha entendido bien qué entiende Pablo y qué entiende Lutero por predestinación; en Pablo es necesario plantearla desde la eternidad de Dios), el sentido y la relación entre virginidad, castidad, matrimonio y celibato (pp. 304-330) (haría falta una explicación más profunda pues, tal y como está, es confusa; por ejemplo, la cuestión en torno a Mt 19,9), la naturaleza de la actitud de José al saber que María estaba embarazada (José no duda de María, y eso solo se puede explicar bien estudiando en profundidad la expresión en arameo que está debajo del griego), la relación entre ley, obras y fe (pp. 292-304) (es una cuestión muy de detalle: las palabras no significan a menudo lo que parece, y es necesario entrar más a fondo en el mundo y la literatura judías para poder entenderlas bien; Pablo no rompe con la Ley, sino con una forma de concebir la Ley mosaica). También hay que actuar con prudencia a la hora de elaborar tesis basándose en cosas que no tenemos: por ejemplo, con el caso de las posibles cartas perdidas de Pablo y su canonicidad.

Una última reflexión. Los escritos paulinos, en realidad como todos los escritos bíblicos, presentan una gran complejidad. Pero ayuda mucho a su comprensión el haber navegado antes por las temáticas generales relativas a la naturaleza de la Sagrada Escritura, esto es, la revelación, la inspiración, el canon y la hermenéutica. Concretamente, nociones fundamentales son la de la «progresividad de la revelación» y la del papel del receptor-hagiógrafo-lector en la comprensión y transmisión de esa revelación y del sentido de los textos. Y, como ya se ha reseñado, la cuestión de los géneros literarios. En Pablo vemos, como se suele decir, una teología en construcción. Él asume la forma de ver y concebir el mundo de su época, pues no podría ser de otro modo. Al mismo tiempo, su comprensión del misterio de Cristo, apoyada en su conocimiento profundo y meditado de las Escrituras de Israel y en su sinceridad de vida, le permitieron abrir sendas insospechadas e impensables para su tiempo. Hoy diríamos, por ejemplo, que supo «sacar» y «desarrollar» el contenido de lo que ya había en el Antiguo Testamento gracias a Cristo, clave hermenéutica, purificando las comprensiones o expresiones imperfectas y, al mismo tiempo, yendo en la misma dirección de sentido. Esto es lo que, en el fondo, significa que no dejará de cumplirse ni una tilde de la Ley. Una cuestión, por ejemplo, es: cuál era la esencia de la Ley, lo llamado a pervivir; dónde residía

su carácter pasajero y caduco; a dónde quería llevar, cosa que, por otro lado, era para lo que Dios la había otorgado, para que llevara a un sitio: a Cristo.

El trabajo que Luis Antequera quiere realizar es motivante y necesario. El esfuerzo que hizo Pablo por comprender, explicar y transmitir el misterio de Cristo, camino para llegar al Padre, fue muy grande, y nosotros estamos llamados a profundizar en su comprensión y su forma de expresarse, para poder transmitir esa misma riqueza a las personas de nuestro tiempo. Las dificultades no son pocas, porque las mentalidades no son las de entonces. Pero aquí es donde se revela la fuerza del evangelio: en su capacidad de llegar a los corazones de todos los tiempos. Solo necesita nuestro estudio, nuestra meditación y, por supuesto, el hacerlo vida. Esto es lo que hizo Pablo y lo que queda reflejado en sus escritos.

Juan Luis CABALLERO

RESEÑAS

